

1º Feb.º 76

17341

~~CARTA~~

QUE

PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

A

LA CARTILLA DEL TRABAJO

POR

MELITON MARTIN.



MADRID

IMPRENTA DE DON JUAN AGUADO

CALLE DEL CID, NÚM. 4 (RECOLETOS)

1876

5644

L47 - 8219

CASTLE

THE CASTLE OF BRISTOL

THE CASTLE OF BRISTOL

THE CASTLE OF BRISTOL

[Faint handwritten text]

THE CASTLE OF BRISTOL

76-4

CARTA

QUE

PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

A

LA CARTILLA DEL TRABAJO

POR

MELITON MARTIN.

Meliton Martin

MADRID.

IMPRENTA DE DON JUAN AGUADO

CALLE DEL CID, NÚM. 4 (RECOLETOS)

1876



CARTA

LIBRO PRIMO DE INDOCA

LIBRO DE TABALAS

Gregorio lib. 26.

M

MADRID 24 DE NOVIEMBRE DE 1875.

Excmo. Sr. Presidente del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio.

EXCMO. SR. Tengo la honra de remitir á V. E. ochenta ejemplares de una cartilla impresa para que pueda ser examinada por todos los Sres. Vocales del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio á cuyas manos suplico á V. E. la haga llegar. Mi propósito es saber si este trabajo en apariencia baladí, de trascendencia en mi opinion, merece ser conocido y estenderse por el pueblo y sus escuelas, si necesita correcciones ó si conviene que circule en otra forma.

Permítame V. E. que en concisas frases, explique aquí los móviles de mi atrevimiento.

Veinte años de observacion y de estudio, me han dado á entender que el origen de muchísimos errores, la causa de gran número de desavenencias, es el concepto equivocado ó incompleto que tienen del trabajo humano las clases llamadas trabajadoras por una antonomasia lamentable. ¿Qué digo las clases trabajadoras? En mi poder existen, en la *Gaceta Oficial* se han publicado, testimonios irrecusables de la ignorancia sobre asunto tan fundamental, ignorancia que estravia aun á algunos que por pensadores pasan. No parece sino que aun existen y se renuevan de dia en dia, reminis-

cencias de aquella primitiva y bárbara division del trabajo humano, impuesta por la fuerza de las circunstancias, y que estableció la nocion de dos clases de hombres: los unos, solos capaces de pensar y disponer que al parecer no trabajaban, y los otros únicamente dignos de hacer oficios de máquinas animadas; los unos hasta favorecidos con la inspiracion de númenes tutelares, para no pensar siquiera; los otros considerados por los primeros filósofos del periodo refulgente de la Grecia como «el ganado que habla.» Aquí arranca ese error de la soberbia humana que no han borrado todavía diez y nueve siglos de cristianismo y de luchas; aquí debemos buscar el punto de partida de esa falta de precision que se nota hoy en los términos de que nos servimos para expresar las nociones y conceptos sencillos y primordiales que constituyen la piedra fundamental de todo conocimiento científico.

Ahora bien; lejos, muy lejos estarán de dar los frutos apetecidos cuantos esfuerzos se hicieren por regenerar nuestra agricultura y crear ó desarrollar las demás industrias que solo á su amparo pueden subsistir, si no empezamos por llevar á las inteligencias aquellos axiomas que son la base de todo, si no conseguimos despues que semejantes verdades fundamentales, asimiladas por las inteligencias, se infiltren en la conciencia del país y sean, andando el tiempo, más que verdades, sentimientos. Podremos importar cosas y mejoras, imponer teorías y procedimientos; podremos plantearlas y durante más ó ménos tiempo á fuerza de sacrificios sostenerlas, pero pocas encontrarán terreno donde arraigar, ninguna logrará aclimatarse y crecer, mientras no se modifiquen grandemente las ideas ó más que ideas preocupaciones, que acerca del trabajo son tan generales en España.

Y en puridad no es solamente en nuestro país donde existen nociones falsas ó incompletas sobre el trabajo y sus leyes. La casi totalidad de los europeos, ni se dan cumplida cuenta de esa fuente de todo bien, ni tratan de fijar su definicion científicamente, ni se cuidan de descubrir su naturaleza, trazar sus evoluciones, determinar sus rumbos y su objeto. Restringiendo ó dilatando la significacion de la palabra á medida que los hechos se imponen á la rutina, ó que la rutina triunfa de los hechos, se indican con el mismo vocablo fenómenos á todas luces diferentes. Trabajo es hoy para nosotros los movimientos fatales de una máquina; trabajo los ya conscientes ó instintivos del animal; trabajo los más complejos de los hombres. ¿Son por ventura idénticas en su esencia estas tres manifestaciones de fuerzas totalmente distintas y á las vegas contrarias?— ¿Qué hay

de comun entre la materia inerte, obedeciendo á impulsos ciegos, y la actividad del ser que da forma á la máquina allá en el mundo material interno y la construye y la gobierna?

Evidentemente existe una muy grande y muy peligrosa confusion y no debemos extrañar si á su favor surgen escuelas y doctrinas, germinan odios y rencores que acabarian con la civilizacion, si por fortuna no atacasen la raiz mismísima de la naturaleza del hombre. Mientras se confunda el trabajo del bracero con los esfuerzos del bruto ó los movimientos de los agentes inconscientes, ¿qué tendrá de extraordinario que los trabajadores de última fila nieguen sus títulos á los demás y los motejen de zánganos? Mientras los economistas enseñen que la riqueza es lo que dicen y desconozcan el elemento inmaterial que la dá todo su valor, ¿no ha de reclamar el proletario aquello que toma forma material con el trabajo de sus músculos? Mientras ignoramos todos esa providencial evolucion en cuya virtud nos podemos redimir de los esfuerzos musculares, siempre penosos y repulsivos, ¿cómo ha de resignarse el bracero á buscar pacientemente en el cultivo de su inteligencia y de su corazon, la redencion apetecida, el único remedio lícito, eficaz, contra los males (de día en día menores) que le hayan cabido en suerte?

Los pensadores del siglo XIX están ya en el caso de resolver para la conciencia y la razon los pavorosos y sin embargo puerilísimos problemas que ha promovido un triste error fundamental: la falsa definicion del trabajo humano. Hay que revisar la ciencia económica principiando por sus mismísimos cimientos. Solo así se destruirán teorías absurdas, se desvanecerán sueños utópicos, se sustituirá el ejercicio cuerdo de nuestras facultades á ilusiones y despechos, se conciliarán, en fin, las tendencias jamás antagónicas de la eterna trilogía de nuestro sér, de lo útil con lo bueno y con lo bello.

Porque no cabe ya dudarle: desde el momento en que los hombres aprendan en las escuelas que el trabajo de sus semejantes, como el suyo propio, tiene idéntica composicion cualitativa, á ninguno de los que por mil caminos cooperan á la obra comun se negará su carta de buen obrero; desde el instante en que comprenda además que idéntico en su composicion cualitativa, varía al infinito en su composicion cuantitativa ó en las proporciones de sentimiento, inteligencia y fuerza muscular que le componen, y que conviene mucho que así sea, porque sin esta infinita variedad en la unidad no habria sociedad posible, admitirán sin repugnancia toda una serie de categorías, renunciando de buen grado á igualdades impo-

sibles; desde la hora en que sepan lo que constituye la riqueza, en qué consiste el valor de la riqueza, la importancia de la armonía en la riqueza, cesarán de despreciar el grano por la paja; desde el día mismo en que conozcan y sientan la evolucion del trabajo, su transformacion de material en espiritual, comprenderán el progreso, y no temerán ir en derechura al pecado y á la inmoralidad por el camino de la civilizacion.

Yo bien sé, Excmo. Sr., que la indolente rutina ó el amor propio envidioso, me contestarán mientras viva, con aquel desenfado, no exento de menosprecio, con que siempre se rechazó toda reforma en los errores mamados desde la cuna: «El trabajo es el trabajo. La »humanidad lo ha definido siempre así y para nada hizo falta otra »definicion desde Aristóteles acá. Los economistas saben sobre él »cuanto hay que saber y tú eres un ignorante ó un loco.»

Con la vénia de aquellos á quienes respeto, y cuyo saber admiro, suplico á todos que mediten antes de condenar sin oír. No es la primera vez que una ciencia se rehace ante la fuerza de una definicion expuesta contra el testimonio de todos los hombres que creian ver lo que no veian. Cuando Copérnico con solo cambiar el centro de nuestro sistema planetario preparó á Newton el camino para explicar el equilibrio y movimientos de los mundos con una sola y sencilla ley, tambien le gritaban los más doctos: «¡Loco! ¿A qué ese empeño en trastornar lo que todos sabemos, creemos y vemos? El sol »es el sol. ¿No ves cómo sale y recorre los cielos y se pone? ¿No adviertes la absoluta inmovilidad de la tierra? ¿Pretenderás rehacer lo »que tantos y tantos millones de mortales han sancionado con su »fé?» El astrónomo de Thorn contestaba que no tenia la culpa de que todos hubiesen visto mal ó que no se hubieran fijado en una multitud de fenómenos evidentes, y yo á mi vez aseguro no ser culpa mia si los economistas han cerrado los ojos á lo que sucedia en derredor suyo y ellos mismos practicaban. ¿No reconocian la influencia que ejercian la inteligencia y el sentimiento hasta sobre la produccion más material? ¿No recomendaban la instruccion del obrero, la moralizacion del obrero? ¿Podian negar que la fé, el entusiasmo, el amor propio duplicaban ó triplicaban los productos? ¿No eran dignos de fijar su atencion esos cambios innumerables que se establecen desde el origen de la familia en los cuales se da el sustento, los tesoros y la vida por un poco de sentimiento que nos anime, nos consuele, nos levante ó dignifique?

«¿Cómo? — se me dirá — ¿qué tienen de comun los actos á que aludes, con el trabajo y la produccion?» No puedo demostrar en esta carta

lo que tengo demostrado en mis escritos. Por la índole de esta comunicacion solo debo firmar con plena conciencia, que hay mucho de ilógico, de irracional y de absurdo, en reconocer que un elemento de nuestro sér modifica nuestro trabajo en su energía, en su bondad, en su cantidad, y al propio tiempo en no tomarle en cuenta para nada cuando se analiza ese trabajo y esa produccion. ¿Qué diríamos del físico que reconociendo la influencia del calor, de la mayor ó menor temperatura sobre el trabajo útil del vapor, añadiera de pasada que aquel fluido ó fenómeno inmaterial pertenecia á más altas regiones y que para razonar sobre la locomotora, bastaba tomar en cuenta el agua, el hierro y el carbon, y aun si se queria los servicios del maquinista.

Verdad es, que raro es el autor en cuyas páginas no se admiren trozos elocuentes sobre las buenas costumbres. Y ¿qué son las buenas costumbres? ¿Son otra cosa por ventura, que los productos del sentimiento educado? Luego hay aquí algo vago, algo indeterminado, algo contradictorio, algo que no es ni remotamente científico; este algo es la noción errónea é incompleta de lo más elemental; del trabajo humano y su constitucion. Se ha considerado como simple uno de los elementos de la produccion, y no se ha pensado en acometer su análisis. Conviene hacerlo cuanto antes, ya que la experiencia nos suministra los medios de realizarlo.

No es esto decir, Excmo. Sr., que con una definicion científica del trabajo del hombre se vaya á sacar de quicio á la Economía política, hasta el punto de destruir el valioso tesoro de observaciones y verdades con que preclaros ingenios la han enriquecido; pero yo no quiero hacer alarde de una hipócrita modestia muy de moda, y afirmo sencillamente que la nueva manera de definir y considerar al trabajo humano tiene trascendencia. Y lo afirmo con tanto menos empacho, cuanto la ciencia económica está buscando su asiento, y cuanto mi definicion está virtualmente contenida en las obras de los primeros economistas, y es como el colorario de sus descubrimientos progresivos. En efecto, todos ellos reconocen en el hombre necesidades físicas, necesidades intelectuales y necesidades *morales*—que yo llamo sentimentales para evitar anfibologías peligrosas; todos le conceden músculos, ideas y afectos como medios para satisfacer aquellas necesidades; todos indican de mil modos la parte que toman en la produccion tres clases de movimientos que es imposible confundir, y sin embargo, todos se obstinan en poner su ingenio en tortura para amoldar á definiciones erróneas, á conceptos incompletos, los hechos, que aunque mutilados, es imposible

negar. Los fisiócratas desde Quesnay á Bandeau, sin saber apartar los ojos de la tierra y como prescindiendo del hombre; Smith ó Sismondi abarcando otros valores y los productos de las manos; Say relacionando ya algo íntimo de nuestra naturaleza con los objetos exteriores al admitir los servicios en los cambios; Bastiat ensanchando más las relaciones de nuestro espíritu con la materia y presintiendo que algún día el último capítulo de la Economía sería un compendio de moral; Dunnoyer, sobre todo, en su célebre análisis *La libertad del trabajo*, y tantos otros pensadores que no cito, van rindiéndose á la evidencia con el transcurso del tiempo, hasta tal punto que no se comprende cómo y por qué el último escritor citado no terminó su tercer tomo diciendo: «luego el trabajo humano no es el de la máquina ni el del animal, sino un compuesto de movimientos materiales, de movimientos intelectuales y de movimientos sentimentales en proporciones variables al infinito, pero que deja de ser trabajo humano si se suprime ó descarta uno cualquiera de sus componentes.»

La pobreza y desaliño del lenguaje es el principal apoyo que ha tenido en pie errores de concepto reñidos ya con la organización social, las aspiraciones políticas y más aún con el movimiento industrial de la época moderna. Empero si se quiere comprender la necesidad que se nos impone de rectificar nuestras ideas sobre la actividad humana, no hay sino recordar las sucesivas modificaciones que en los conceptos de la riqueza y de los cambios se han venido sucediendo de siglo y medio á esta parte.

Para los fisiócratas, iniciadores de la nueva ciencia, la riqueza se constituye exclusivamente con los bienes de la tierra; es riqueza todo lo que siendo producto de la tierra satisface una necesidad física y nada más, y aunque Quesnay reconoce que hay valor *en uso* y valor *en cambio*, asegura que este último (y eso sin salir de los frutos materiales de la tierra), es lo que debe considerarse como riqueza. Todos los fisiócratas, incluso Bandeau, cuya definición leída aisladamente parece dar á la riqueza una significación más lata, deducen de sus extensos razonamientos que la riqueza es el resultado de cambiar productos materiales, sin perder nunca de vista aquella célebre escuela que la fuente de la verdadera riqueza es la tierra. El hecho culminante de la importancia de la agricultura, frente á la insignificancia relativa de una industria por entonces en mantillas, se impuso á la pobre razón humana á pesar de sus pujos pretenciosos de establecer la verdad pura *a priori*.

Con Adam Smith, padre de la Economía política, la riqueza si-

que siendo exclusivamente material, pero ya el hecho del desarrollo de la industria en el país que le vió nacer y en derredor suyo, le obliga á dilatar sus dominios. Además de aumentar el catálogo de los valores con muchos desconocidos para los pueblos exclusivamente agricultores, dice en ocasiones que «la riqueza verdadera es el producto de la tierra y del trabajo,» entendiendo por trabajo los esfuerzos musculares, los movimientos materiales, con lo cual, los términos de su definición y todos sus razonamientos carecen de aquella conveniente claridad que la verdadera ciencia exige. Cierto que incluye entre los capitales fijos, «las aptitudes útiles y adquiridas de todos los miembros de la sociedad,» mas esta concesion, arrancada por la fuerza de las cosas, la otorga y atribuye en gracia del dinero que se gasta para la educacion de aquellos miembros; de manera que para Smith, mil guineas consumidas en querer educar á un idiota, resultarán ser para la Sociedad un capital cinco veces mayor que doscientas guineas empleadas en despertar y poner en accion á un génio. Por otra parte el valor evidente del crédito en el mercado del mundo, le obliga amenudo á contradecirse, pues tan pronto niega como parece reconocer valores inmateriales; lucha con oscuridades hijas de lo mal definido de los términos, y empeñado en no salir del estrecho círculo de la materia—como si esta pudiese tener valor separada en absoluto del mundo espiritual—prepara, sin embargo, el campo para que otros vean el problema por un lado más.

Ricardo y sus continuadores, cambian el punto de vista sin abarcar el problema en una extension mayor. Fundaron la esencia de la riqueza en el trabajo, en uno solo de sus elementos y esto sin definirle tampoco. No es por lo tanto de extrañar que cayeran en el absurdo de haber de considerar tambien como riqueza aquellos esfuerzos que fueren ó estériles ó nocivos.

Say demuestra por fin, que el saber del profesor, la experiencia del médico, la pericia del abogado son valores cambiables en la forma de servicios y que deben considerarse como riqueza. Imbuido con la idea de la materialidad de la riqueza, procura dar á los valores inmateriales una existencia tangible, como única manera de explicar racionalmente una parte siquiera de la evidencia que negarse no podia. Pero llega sin querer al crédito y como sus nociones fundamentales sobre el trabajo eran erróneas, le presta dos acepciones y le considera como capital unas veces, y otras (al hacerse cargo de este mismísimo concepto) le ridiculiza. De todos modos, ya en nuestro siglo, la nocion de riqueza se acercó más á la verdad y se

admitieron valores inmateriales que la creaban, conservaban y acrecian.

Bastiat, Dunoyer y una verdadera pléyade de economistas modernos, reconocen que hay algo más que materia é inteligencia en la riqueza de los pueblos y su conservacion. Con uno y otro precioso análisis van invadiendo el terreno del sentimiento, y bajo el elástico y mal definido epígrafe de *morales*, se han ido añadiendo partidas importantísimas al inventario que principió con los frutos de la tierra.

No cansaré la atencion de V. E. con multitud de citas de las obras de John Stuart Mill y otros autores modernísimos, que patentizan no solo el desarrollo y ensanche habido en la definicion de la riqueza, sino las perplejidades con que batallan las mejores inteligencias de nuestros dias, para incluir dentro de los estrechos moldes de los errores aprendidos, hechos que se imponen á la razon y que á todos los instantes se repiten. No puedo, sin embargo, dejar de hacer una más por lo notable y lo reciente. El inglés Macleod, en uno de sus últimos escritos en que procura determinar los límites de la Economía política, dice: «Los fisiócratas tan solo admitian
/a »los productos materiales dentro de la ciencia, y sostenian que todos
»los cambios son de productos con productos. La segunda escuela
»económica acepta el trabajo como una cantidad cambiabile, y Beccaria, un economista italiano, dice que los cambios son de productos
»con productos, de productos con servicios, y de servicios con servicios, admitiendo de este modo la existencia de dos cantidades cambiabiles y tres especies de cambio. Pero yo he mostrado que hay tres
»especies de cantidades cambiabiles, y que los derechos lo son lo mismo que los productos y el trabajo; por consiguiente, hay seis clases
»diferentes de cambios, y estas seis clases de cambios abrazan todo
»el comercio en su más amplia acepcion.»

Tenemos, pues, que desde los fisiócrates hasta nuestros dias, atribuyendo todos á la riqueza la condicion precisa de ser cambiabile, se han tenido que reconocer nuevas clases de cambios y productos lenta y progresivamente. Su número ha aumentado de uno á seis. A medida que se ahondaba en el problema, se iban descubriendo nuevos géneros de riqueza, nuevos valores de distinta especie, y hoy es evidente que además de los productos materiales, además de las manifestaciones de la inteligencia en la forma de servicios, se reconocen otros valores más abstractos que no se aciertan á definir.

En este estado de la cuestion, compárese las confusas explica-

ciones de los unos y los otros con la sencilla y evidente que fluye sin esfuerzo alguno de mis ideas sobre el trabajo humano, la producción de la riqueza y su distribución. Según ellas, el trabajo del hombre consta siempre de esfuerzos físicos, de esfuerzos intelectuales y esfuerzos sentimentales, por más que en cada trabajo varíen al infinito las cantidades de cada uno; estos esfuerzos combinados con las utilidades gratuitas que nos suministra la naturaleza, constituyen los elementos de la producción, cuyos resultados serán buenos ó malos según sea más ó menos *moral* el sentimiento que estimula, más ó menos ilustrada la inteligencia que dirige y más ó menos enérgicas las fuerzas que ejecutan. Así se explica el bien y el mal, así aparecen tres clases de satisfacciones que constituyen la materia de los cambios, así resalta la evolución en virtud de la cual el hombre se emancipa de los esfuerzos físicos de la bestia, si bien á condición de trabajar más con su cabeza y más con su corazón.

No se me ocultan las objeciones que se harán á mis ideas, pero me anima y fortifica un hecho que vengo observando hace ya bastante tiempo: los hombres de buena voluntad que han leído mis escritos, los encuentran tan evidentes, que casi los califican de perogrulladas y sienten y aseguran que mis ideas son las que han tenido siempre. ¿Qué significa semejante convicción? Que mi exposición es la verdad misma, porque el carácter distintivo de la verdad es esa evidencia que la identifica en todos los idiomas con la luz: la verdad se hizo para todas las inteligencias, como la luz se hizo para todas las vistas: quien no la vé, es porque es ciego de cuerpo ó de entendimiento.

Cuatro frases más para justificar esta larga carta y estas, quizá, molestas explicaciones.

Cuando me convencí de que mi definición del trabajo humano tenía trascendencia, quise buscar en la historia la comprobación de las importantes deducciones que de ella se desprendían, y escribí el *Ponos* hace catorce años, con la esperanza de que así prepararía el terreno para recibir la nueva semilla. Por desgracia mis esperanzas no se realizaron en la medida que fuera de desear; la época no ha sido apropiada para las obras que nos hacen pensar, y aunque después publiqué con el título de *La Leyenda del Trabajo*, un compendio de mi primera obra diciendo paladinamente las alusiones históricas y los hechos á que me refería, no logré el fruto que me propuse, aunque tengo motivos para creer que no ha sido baldío mi trabajo.

Más tarde, en 1872, cuando ya se columbraban los extragos que estaban próximos á producir teorías y filosofías más gárrulas que

practicables, di á la estampa mi *Filosofía del sentido comun*, en la que expongo que la trasformacion del trabajo físico en trabajo espiritual, es la verdadera fórmula del progreso. Quise oponer un pobre libro al torrente de desaciertos que aniquilaba á nuestra España, y no es extraño que mi voz se perdiera en los tumultos de los tiempos.

Hoy que se divisan en el horizonte signos de paz y de calma, con fé creciente en mis ideas, las vuelvo á exponer en la forma más sencilla y rudimentaria, sometiéndolas con timidez al ilustrado criterio del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio, persuadido como estoy, de que si encierran la verdad, contendrán tambien los gérmenes fecundos, por medio de los cuales debe comenzar la regeneracion de todas las fuentes de riqueza, dando á esta palabra toda aquella latitud que se desprende de la leccion XIX de la adjunta Cartilla.

Despues de todo lo dicho, no sería digno que yo callase aquí todo el alcance del progreso que propongo. A consecuencia de largas meditaciones sobre asunto tan interesante, creo poder asegurar que la Economía política está llamada á refundirse en una ciencia más ancha, en la ciencia del trabajo humano, ó sea en la Pono-logía, ciencia que debe ser el tronco de donde arranquen y sobre el cual se apoyen todos los ramos del saber útil, práctico y fructuoso, y cuyo estudio conviene recomendar desde la infancia como se procuran inculcar los principios de la moral haciendo que el niño estudie de memoria el Catecismo. Sólo grabando en las inteligencias desde muy temprano las sencillas verdades que revelan los fines de nuestra mision sobre la tierra, se preparará el terreno para armonizar lo interno con lo externo en filosofía, para probar en política que el único camino hácia la libertad es el de las conquistas sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos, ó sea el trabajo armónico, para llevar en fin cuerda y sabiamente á la legislacion en cada época las garantías de los derechos compatibles con cada grado de progreso.

De todos modos y sea cual fuere la solidez de los cimientos sobre que descansa la nueva teoría, bueno es que conste que nació en España y que por mi parte he empleado en su propagacion toda la tenacidad que puede dar un convencimiento sincero y profundo. La circunstancia de haber llamado sériamente la atencion de varios hombres competentes una Memoria mia premiada por la Sociedad Matritense de Amigos del País, y que no es otra cosa sino la aplicación de los principios que expongo en *La Cartilla del trabajo* á uno de los problemas sociales que más preocupan á los pensadores na-

cionales y extranjeros, me inclinan á creer el momento oportuno para dirigir á V. E. esta carta explicatoria cuyo tono y contenido recomiendo á su benevolencia.

Si la intencion salva, tengo la conciencia que mereceré tambien la de ese ilustrado Consejo superior.

De V. E. afectísimo y seguro servidor.

MELITON MARTIN.



MM.





